

El Terrorismo como Problema

Miguel Ángel Latouche R*



De la celebración al luto

La noticia de que Londres había sido designada como ciudad sede de los Juegos Olímpicos del 2012 se propagó rápidamente a lo largo del globo, generando respuestas inmediatas. La tristeza y el enojo natural de parte de los países cuyas propuestas fueron desestimadas y el júbilo y la felicidad que es característico de quienes se sienten victoriosos luego de un largo proceso de intenso lobby y complicadas negociaciones. Las reacciones no se hicieron esperar: caras llenas de alegría, gente en las calles y banderas flameando a toda asta, llenaron de colorido las frías calles londinenses, dando la sensación de que nada podía perturbar la paz y la sensación de hermandad que estaba siendo compartida por los habitantes de esa ciudad.

El idilio, sin embargo, estaba destinado a durar poco, en menos

de 24 horas manos criminales llevaron a la humanidad de la celebración al luto. A las 8 y 51 de mañana del 7 de julio se inició la primera de las cuatro explosiones que de manera progresiva irían afectando con su poder destructivo el servicio de transporte público en el corazón mismo de la capital británica, en lo que se ha considerado uno de los peores ataques de los últimos sesenta años. Las comparaciones están a la orden del día: Las caras atemorizadas, el desorden y el caos generalizados, el ruido de las ambulancias y la sensación de zozobra, nos traen reminiscencias tanto del ataque sobre las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre del 2001, como del atentado del 11 de marzo del año pasado en contra del sistema ferroviario español.

Estamos en presencia de lo que se ha constituido en una agresión sistemática en contra de poblaciones inermes, que difícilmente podrían catalogarse como objetivos militares, que se producen en horas de altísima circulación y sin que medie algún tipo de aviso que permita poner en resguardo las vidas humanas. Es así como, sólo en el caso inglés nos encontramos, según cifras conservadoras, con un saldo de más de cincuenta muertos y setecientos heridos, incontables daños materiales, una afectación directa sobre la economía europea, la disminución de los precios del petróleo y una sensación de inseguridad que se pone de manifiesto ante un enemigo difícil de identificar y de ubicar sobre el terreno.

El Terror como política

A escasas horas de haberse producido el atentado los miembros de un grupo desconocido de Al Qaeda, ubicado en algún lugar de Europa, hacen pública su participación en el ataque terrorista, manifestando que se trataba de acciones que fundamentaban una protesta en contra de la presencia de tropas norteamericanas en territorio iraquí; al mismo tiempo que advertían acerca de la posibilidad de que estos actos se reprodujesen en otros países aliados de los Estados Unidos. Veamos las cosas en perspectiva: a pesar de las previsiones que pudieran realizarse a los efectos de garantizar la seguridad de una nación en contra de un ataque terrorista, las posibilidades de anticiparlo y desactivarlo son más bien escasas. Las confrontaciones en contra de células de carácter militante, con grandes capacidades de movilización y con amplio manejo de recursos financieros y logísticos incrementan la vulnerabilidad del agente que se encuentra en situación defensiva. El ataque puede venir desde cualquier lugar y producirse de manera sorpresiva creando una situación de confusión dentro de la cual la vida normal no es posible.

Si se pretendía que el ataque sobre Londres se constituyera en una *carta de presentación* de amplia cobertura mediática, es indudable que ese objetivo se cumplió cabalmente. La totalidad de los medios de comunicación han hecho referencia a este fenómeno. Queda claro, sin embar-

go, que las acciones de Al Qaeda han generado un amplio rechazo de parte de la Comunidad Internacional. Lo que se ha manifestado no sólo en las duras declaraciones del Primer Ministro Británico, manifestando la voluntad del pueblo británico para contraponerse a este tipo de acciones intimidatorias, sino muy particularmente en las voces de rechazo de diversos sectores de la Comunidad Mundial que van desde el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hasta las Cancillerías más diversas. El terrorismo es percibido como un problema común que debe ser atendido de manera conjunta.

Ahora bien, si la guerra es la continuación de la política por otros medios tal y como refiere el viejo Clausewitz, bien vale la pena preguntarnos que gana Al Qaeda en ésta situación. La justificación de que nos encontramos en una confrontación asimétrica parece por lo menos aventurada. Reconocemos que existen razones que pueden justificar la lucha armada, y que pueden justificar incluso que la confrontación no esté planteada en los términos tradicionales de dos ejércitos situados frente a frente en un campo de batalla. Pero de allí a hacer equivalente la confrontación bélica con el uso indiscriminado de la violencia hay un largo trecho. La guerra se plantea sobre objetivos políticos que deben ser alcanzables dentro de un rango de probabilidad aceptable en términos de su realización.

El problema es que la violencia terrorista no se fundamenta en objetivos racionales, lo que nos lleva a plantearnos varias interrogantes:

- ¿Es que una vez que las tropas de los Estados Unidos se retiran del territorio de Irak, van a cesar sus ataques?

- ¿Acaso los miembros de las células terroristas están dispuestos a desmovilizarse de manera voluntaria?



- ¿Están estos grupos en disposición de respetar la diversidad cultural y el pluralismo como principio de coexistencia?

En nuestro criterio la respuesta a estas interrogantes es negativa. La violencia indiscriminada no permite definir una estructura de justificación a partir de la cual sea posible ganar adeptos para una causa que se pretende reivindicar, por el contrario garantiza la generalización de la resistencia. Es así como las actuaciones del Al Qaeda no pueden hacerse equivalentes a los presupuestos de la guerra de cuarta generación, por el contrario se constituyen en acciones de grupos políticamente inorgánicos sin capacidad para negociar la construcción de arreglos de convivencia que trasciendan visiones particularizadas acerca del mundo, sus problemas y la manera de solucionarlos.

Cosas por hacer

El ataque de Al Qaeda se produce de manera paralela a la reunión del G-8 en territorio británico. Es importante destacar que esta reunión se inicia en el marco de importantes protestas de grupos antiglobalización, ecologistas y sectores de la sociedad civil, bajo la consigna "todo el poder para el pueblo". A pesar de las apariencias en contrario parece que estas muestras de descontento han generado un efecto sobre los representantes de los países más industrializados

del planeta, quienes han mostrado su disposición a introducir como temas fundamentales de sus discusiones asuntos relacionados con el problema del cambio climático y las restricciones a las emisiones de CO2 a la atmósfera terrestre, así como los problemas sociales que aquejan a los países más pobres, particularmente en el caso de África. Sin duda los problemas son múltiples y no tienen soluciones sencillas, pero al parecer existe la voluntad para atenderlos. No parece casual que en esta oportunidad los representantes del G-8, mostraran su disposición para conversar con líderes mundiales del mundo en vías de desarrollo, ni que acordaran condonar una importante suma de la deuda de estos países.

El terrorismo se ha constituido en un problema fundamental dentro de la agenda global. Una manera de atenderlo está referida a la ampliación de las medidas de seguridad policial y de inteligencia, otra, -la más efectiva-, requiere la búsqueda de soluciones cooperativas a los problemas de la pobreza, la inequidad en la distribución del ingreso, el crecimiento sostenido y equitativo de la economía mundial, así como la definición de garantías para la libertad individual y los derechos humanos; en esa ruta aún quedan muchas cosas por hacer pero, al menos tenemos la sensación de que en algo hemos avanzado.



*Profesor de la UCV